

CAPITULO VII.

Continúa la historia de Pilar.

Enrique volvió al siguiente día á visitar á la desgraciada Pilar, deseoso de conocer los tristes acontecimientos de su cautiverio en poder del infame Rossi.

La jóven estaba ocupada en coser un humilde vestido de su uso, á la vez que atendía á la hornilla en que preparaba la modesta comida que tenia que llevar á la Acordada al sonar las doce.

En su semblante brillaba cierta alegría pura, cierta mezcla de modestia y de bondad, de dulces y melancólicos recuerdos, y de esperanza religiosa que comunicaba á su delicado cutis un color animado, pero

suave, como el que imprimen las primeras luces del crepúsculo en las tersas hojas de la rosa blanca.

Aquella mujer que dos días antes tan abatida y triste vimos penetrar en la Acordada, ahora se la ve plácida y contenta, como un ser feliz que recobra su salud y su lozanía.

Parecía una de esas flores que caen abatidas sobre su tallo pálidas y místicas, y que al sentir el benéfico influjo del rocío, se levantan enhiestas y olorosas, ostentando los brillantes colores de la primavera.

Y así era en efecto: el encuentro de Enrique, el interés que se había tomado por su suerte, las palabras de bondad y de esperanza que había pronunciado, su desinteresada generosidad, y el aprecio, en fin, de una persona que podía hablarle á todas horas de los objetos mas caros de su corazón, reanimaron su decaído espíritu, y comunicaron al alma la vida y la frescura que se retrataban en aquel momento en su celestial semblante.

¡Quién duda, que la piedad, la deferen-

cia y la caridad son para los desgraciados, lo que el rocío para las flores y las plantas?

Pilar al ver á Enrique le tendió la mano con el cariño de una hermana, y no pudo, ni quiso disimular el placer que experimentaba al verle, porque estaba segura de que aquel placer no seria interpretado sinies tramente por el jóven de rectos principios que la visitaba.

—Tenga vd. la bondad de sentarse, generoso amigo:—le dijo señalando una silla—esta plazuela se halla tan retirada del centro de la ciudad, que el venir hasta ella es un verdadero sacrificio que yo sé apreciarlo en todo su valor.

—Para mí es satisfaccion y no sacrificio el visitar á las personas que aprecio, por larga que sea la distancia que separe nuestras casas.

—Lo comprendo así, y por lo mismo lo agradezco doblemente.

—¿Y por qué en vez de calificar de aprecio el que vd. llama sacrificio en visitarla, no lo atribuye vd. á curiosidad poco generosa?

Dijo Enrique sonriendo con afabilidad.

—¡Ah!... porque eso está tan lejos de su corazon, como de mi pensamiento imaginarlo.

Contestó Pilar con toda la franqueza y sinceridad que prestan la conviccion de lo que se dice.

—Tiene vd. razon; y le doy á vd. las gracias por la justicia que hace á mis sentimientos.

—Ojalá todos los hombres abrigaran los generosos principios que á vd. adornan.

—Aunque no tengo mérito alguno para aspirar á colocarme en el círculo de los denominados buenos, tampoco creo que me corresponde la línea en que está colocado el pérfido Rossi.

Contestó con aire jovial y sin pretensiones de santidad el valiente Enrique.

—¡Rossi!... ¡Ah! ¿crerá vd. que la sombra que vimos señalarse en la puerta, y que vd. salió á ver quién la formaba, era de él?

—¿Será posible?

—Sin duda alguna; estoy persuadida de ello.

—Pero ¿cómo? —Porque apenas salió vd., penetró ese hombre, para echarme en cara mi ingratitud con él, y la deferencia con la nueva visita que había recibido.

—¿Y sabe vd. si me conoció?

—Lo ignoro, porque no pronunció nombre alguno.

—Entonces no me vió seguramente el rostro al salir, porque de lo contrario me hubiera nombrado, pues tiene motivos para conocerme.

—¿También á vd?

—Sin duda. Pero dejando esto y volviendo á los asuntos de ayer, ¿no tendrá vd. la bondad de continuar la interesante historia que quedó interrumpida?

—Con mucho gusto, D. Enrique.

—Mil gracias.

—Crea vd. que en referirla está interesada, como dije á vd. ayer, mi delicadeza de mujer, y el deseo de presentarme á los ojos de las personas como vd., digna de lástima y de compasion, ya que no del aprecio que se digna dispensarme.

—Yo, Pilar, desde que la vi á vd., solo tengo labios para elogiarla, y corazon para respetar sus virtudes.

—¡Ah! cuánto consuelo vierte vd. en mi alma con esas palabras de benevolencia y de caridad, D. Enrique.

—No se detenga vd., pues: crea vd. que estoy vivamente interesado en conocer esa historia que no se puede escuchar sin admirar á vd., y sin sentirse lleno de indignacion hácia el monstruo que la hizo á vd. víctima de su venganza.

—Voy, pues, á satisfacer el deseo de vd., para cumplir, primero, con un deber de la amistad, y segundo, con una exigencia de mi corazon.

—Escucho á vd. con el mas íntimo afán.

—Yo me propuse, al verme sin defensa ninguna en Chalco, sola en la casa á que me condujeron, y despues de las nuevas proposiciones de Rossi que rechazé indignada como dije á vd., me propuse, repitô, á morir de hambre y de sed, temiendo que en el agua ó la comida me sirvieran mi deshonra. Firme en este propósito, al traerme

el criado de Rossi el alimento, le dije que no lo tomaba y avisase á su amo mi resolución en perder la vida sin llevar á mi boca ni un bocado ni una gota de agua.

Diá y medio pasé de esta manera, acosada por una sed devoradora que me hacia olvidar el hambre que tambien era terrible. Mi verdugo, que temia ver desaparecer su víctima sin conseguir sus depravados fines, se alarmó al persuadirse de mi irrevocable determinacion; y entró él mismo á mi cuarto á la hora de la comida, para asegurarme que nada recelase: que negarme á comer era suicidarme; y al decir esto hizo que el criado colocase sobre la mesa la comida, un vaso y una botella de bruñido cristal llena de agua.... ¡Ah!.... D. Enrique.... yo tenia una sed devoradora!.... Por una gota de aquel delicioso líquido, hubiera dado diez años de mi vida!.... El hambre me era menos insoportable.... pero la sed... la sed, D. Enrique, es el tormento de los condenados!... El hambre debilita el cuerpo y lo destruye insensiblemente.... la sed... la sed le atormenta á uno hasta el último

instante que alienta!... mis entrañas estaban secas como la yerba bajo el sol abrasador canicular!... Rossi conoció mi imperiosa necesidad, y vertió en el limpio vaso el agua apetecida para que excitara mas y mas mi insoportable, terrible y abrasadora sed.... Mis ojos se fijaron en el vaso con una ansiedad sin término... Mi mano, subordinada á la imperiosa necesidad de la naturaleza, se alargó para cogerlo... El rostro de Rossi no marcó ninguna sensacion.... permaneció inalterable, como indiferente á la resolución que yo tomase. Sin embargo, bajo aquella indiferencia creí descubrir el regocijo de una alma infernal... las yemas de los dedos sentí entonces abrasadas al contacto del cristal que oprimian... leí en el fondo del vaso mi consentimiento criminal... y horrorizada, retiré la mano exclamando: "¡Nunca... nunca...! la muerte antes que acercar á mis labios el agua que esconde mi vergüenza!...."

—¡Ah!... ¡El cielo le inspiraba á vd., Pilar: el cielo le prestaba á vd. fuerzas para vencer al monstruo!....

Dijo Enrique exaltado de entusiasmo con el heroico rasgo de aquella interesante jóven.

—Rossi—continuó Pilar—no pudo disimular su enojo; levantóse airado de la silla, me miró con ojos frenéticos, y me amenazó con la muerte. Ciego de ira exigió por la última vez mi resolución definitiva, y al escuchar mi repulsa, rechinó los dientes, dejó escapar una terrible imprecación, y salió cerrando tras sí la puerta con la mayor furia. Yo quedé aterrada, elevando mi corazón á la Madre del Salvador pidiéndole ayuda, y un rayo de esperanza inundó de repente mi corazón.

—¡Cómo!

Exclamó Enrique con la mayor ansiedad.

—Rossi, ciego sin duda por la desesperación que le causó mi resistencia, al cerrar de golpe la puerta, se olvidó de echar la llave.

—¡Dios mio!

—Yo, entonces, dudando aún de la realidad, me lancé con la velocidad del pensamiento á ella, la empuje, y la encuentro

abierta. ¡La Reina de los cielos habla acogido mi súplica!... Llena de inquietud, de esperanza y de zozobra, salí del cuarto, andando sobre las puntas de los pies para no hacer ruido y conteniendo la respiración. Pero yo ignoraba la salida que conducía á la calle, y al dar unos pasos, me encontré enfrente á un gabinete abierto en que estaba Rossi; yo me estremecí al verle, y casi estuve á punto de caer al suelo... por fortuna estaba de espaldas y no me vió. Retrocedí asustada, andando hácia atrás, hasta llegar á un corredor que conducía á una azotea... La voz de Rossi que llamaba á su criado, llegó entonces á mi oído... “¡Sin duda me busca!...” pensé para mí, y quedé helada... Poco despues escuché el ruido de los pasos de alguno que se acercaba por el corredor.

—¡Le descubrieron á vd?

—Nada podía salvarme... era indispensable que quien viniera por allí me viese... Entonces me acurrugué lo mas que pude, pegándome casi á la pared, detras de una destiladera de agua que en el estrecho cor-

redor habia; los pasos se oyeron mas cerca... y poco despues ví que se acercaban Rossi y el criado, buscándome y hablando de mi fuga... Yo sentí crispase mis nervios y espeluznarse mi piel... La ropa de mi perseguidor pasó rozando con la mía... yo me estremecí y saqué la destiladera... Rossi volvió la vista al ruido... pero iba demasiado preocupado, y nada vió... Al verlos entrar en la azotea, eché á correr hácia el rumbo que ellos habian traido... poco despues me encontré en la escalera que la bajé precipitadamente... Pero ¡oh fatalidad...! era imposible salir sin que me descubriera el portero!... ¿Qué hacer?... los momentos eran preciosos... La menor irresolucion podria perderme. Yo me resolví á aventurarlo todo, y me dirijí resuelta al portero: "El señor Rossi llama á vd., le dije:—¿A mí?... contestó. Y sin reflexionar en nada, ó tal vez ofuscado por disposicion de la Providencia, subió la escalera sin sospechar nada, en tanto que yo corria por las calles, creyendo á cada instante que me seguian. Enrique, cuyo corazon habia estado opri-

mido durante el último período de la relacion de Pilar, respiró libremente al juzgarla fuera de peligro.

—Continúe vd., continúe vd.

Dijo impaciente por saber el desenlace.

Pero el reloj del Cármen sonó las once en aquel momento. Pilar suplicó á Enrique le permitiera ir á la Acordada, y la relacion volvió á quedar interrumpida.